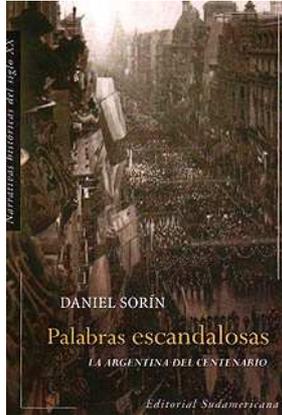


Daniel Sorín

Palabras escandalosas
La Argentina del Centenario

Capítulo 1



El divino cometa

La historia es el orden posible del caos; en ella adulteraciones y calumnias suelen mezclarse con verdades y documentados sucesos. En todas las épocas hubo estudiosos que lucharon por discriminar las primeras de los últimos, aunque no siempre con los mejores resultados.

Sin embargo no es raro que una mentira, o una falsedad, o una inexactitud, encierre tanta o más verdad que una certeza comprobada.

La leyenda dice que, con la mirada clavada en el piso y voz apenas audible, el gran Galileo habría dicho "eppur si muove". Pero la famosa frase jamás fue pronunciada por los labios de tan eminente científico. Lo paradójico es que esta invención esconde una verdad profunda e incontrastable, la mano del absolutismo y la

obsecuencia, el largo brazo del poder no siempre puede tapar el sol. No por la infinita eternidad.

También la historia de este país está regada de certezas ocultas y de irrealidades aceptadas. Más aún, suele suceder con asiduidad que la certeza es mal interpretada y termina alejándonos de la verdad; y el mito, aunque virtual, o sea no real, nos aproxima a la esencia de los hechos.

Antes de romper el lacre el general ya sabía la respuesta: nada. Habían pasado cuarenta días del encuentro de Guayaquil y la situación era aún más desesperante. No le llevó muchos minutos leer el texto de la misiva: efectivamente, los señoritos porteños no le iban a mandar ni dinero ni armamentos. No le iban a mandar nada. Luego de diez años de fatigosas campañas, de tragar el polvo arrastrado por los vientos, de cruzar enfermo y drogado con sus bravos la cordillera, volvería a Mendoza, quedando en Lima el último vestigio de su ejército, el Regimiento Río de la Plata.

Un año y medio después del alejamiento definitivo de su jefe, con sus salarios puntualmente impagos, la tropa estaba poco menos que desnuda y hambrienta. En la noche que fue del 4 al 5 de febrero de 1824, dos sargentos, Moyano y Oliva, sublevaron a la guarnición. No logrando vindicación de sus exigencias debían rendirse ante sus superiores, lo que les traería inevitablemente la muerte frente a un pelotón de fusilamiento; o ante los realistas que el regimiento tenía prisioneros, lo que harían a cambio de sus vidas.

Olvidados por los gobiernos de la patria que nadie como ellos había fraguado, se encontraron ante una

oscura paradoja. Es que hay veces que la historia pone a los olvidados ante la necesidad de traicionar para salvar el pellejo.

Después de consumada la conspiración la bandera española fue enarbolada en el torreón Independencia; entonces un negro llamado Antonio Ruiz, por todos conocido como Falucho, se resistió a hacerle los honores al pabellón realista. Gritó ¡Viva Buenos Aires! y fue muerto ahí mismo.

Nunca más se habló del tema hasta que el multifacético Bartolomé Mitre escribió la Historia de San Martín, apodándolo, desde allí y por todos los tiempos venideros, el Santo de la Espada. Él fue el primero que habló de Falucho y, basándose en su historia, el poeta Rafael Obligado escribiría con inspiración patriótica y métrica justiciera aquello de:

Alzó el fusil en sus brazos,
Con rugido de fiera,
Y contra el asta bandera
Lo hizo un golpe pedazos.
—¡Ríndete al Rey! —le intimaron,
Mas como el negro exclamó:
—¡Viva la patria, y no yo!
Los cuatro tiros sonaron.

Versos estos que durante décadas fueron memorizados por almas infantiles en las aulas de la patria. Poema que relata un episodio heroico, pero no más cierto que la quimera de que la Reina Isabel pertrechó a Colón con la venta de sus joyas.

No, no existió el tal Falucho, o por lo menos no murió en esas circunstancias, de la misma manera que no fueron joyas reales sino capitales de judíos errantes los que solventaron el descubrimiento del Nuevo Mundo.

No extraña que haya sido Mitre el primero en revelar la existencia del héroe negro medio siglo después de su inmolación. Lo mismo hizo el general memorioso con el tambor de Tacuarí, el niño de doce años que avanzó con su tambor al encuentro de las balas enemigas, y que, si don Bartolomé no se hubiese acordado, se habría perdido para siempre en las tinieblas de la historia.

Pero volvamos a Falucho. Sin duda, de haber existido tan dramático sacrificio hubiera quedado la debida constancia; pero no se conserva documento alguno comprobatorio, ni de manos patriotas ni de puño godo.

Sí se encontró en los registros a un Antonio Ruiz, pero ese Ruiz —que como todos los negros del ejército del Libertador también era apodado Falucho— no pudo haber muerto en 1824, pues vivía aún muy felizmente casado hacia 1830 en la bella y graciosa ciudad de Lima. A ese Falucho y no al supuesto mártir del Regimiento Río de la Plata se refería San Martín —tan minucioso en anotaciones y registros, como noble para honrar a sus soldados— cuando le comentaba al general Miller su sincera satisfacción al enterarse de la buena estrella “del célebre y nunca bien ponderado Falucho”.

Pero ¿por qué?, ¿cuál fue el motivo de este invento poético de la mente patriota de don Bartolomé?

Al momento en que Mitre escribió la historia de quien cruzara los Andes, el país imaginado por los hom-

bres de Mayo estaba muriendo y nacía en su lugar otro, al ritmo de los emigrantes europeos. Mitre, uno de los arquitectos del nuevo país, creyó sin duda necesario conservar las raíces del moribundo, guardar las utopías de los hombres de la Revolución, atesorar las hazañas del general masón. Anclar, en definitiva, el barco de la nueva Argentina gringa al fondo del mar, a la Argentina heroica de la emancipación. Para eso creó un mito, un héroe perteneciente a las clases más bajas, humildes y abnegadas de la patria.

No es de extrañar, nada hay más potente y fundacional que el mito. Todas las naciones se construyeron alrededor de mitos, porque, al fin, los pueblos que no pueden erigir mitos no merecen asentar nacionalidad.

Pero aclaremos. Aun en este supuesto nada ha robado el historiador a la historia, ya que en dicho caso Falucho es irreal, pero no falso. Porque es fácil encontrar en la historia de aquel viejo país agonizante muchísimos Faluchos, cuya memoria no ha tenido la fortuna de llegar hasta nosotros.

Es que los ejércitos libertarios contaron con escuadrones enteros de negros que dieron innumerables muestras de heroísmo en Vilcapugio, Ayohúma y Sipe-Sipe, en Cerrito, Chacabuco, Maipú, Talcahuano y Pasco. Contrapartida del imaginario Falucho y ejemplo de lo anterior fue el Regimiento de Pardos y Morenos que el 31 de diciembre de 1812 bloqueaba la plaza fuerte de Montevideo. Ese día fue atacado por la retaguardia por dos mil trescientos hombres con ocho piezas de artillería, comandados por el general Vigodet.

Antonio Videla, capitán de la compañía de Cazadores, estaba de avanzada cerca de la panadería de Muiños, en la línea misma donde la carga fue más te-

rrible. No se intimidaron ni él ni sus subordinados por aquella formidable masa de atacantes y sostuvieron su puesto como fieras sin retroceder y sin rendirse. Muertos casi todos sus hombres, Antonio fue intimado con las bayonetas sobre su pecho a rendirse y gritar vivas al rey. Pero el negro bravo gritó ¡Viva la patria! y entregó su vida sin pedir clemencia.

Videla y sus hombres fueron admirados por los victoriosos realistas, tantas pelotas habían tenido. Ese negro había sido esclavo y aún tenía una pequeña hija en esa condición; el Triunvirato juzgó indecoroso que subsistiera en la esclavitud el fruto de tamaño valiente y ordenó al Ayuntamiento que costeara de sus fondos la libertad que esa niña tan dignamente merecía.

De todo lo cual hay debida documentación.

Los negros supieron ser argentinos con el precio de su sangre, lo fueron una y otra vez hasta que la pobreza, con la ayuda de la fiebre amarilla, terminó con ellos hacia 1870.

Valga uno por otro. El mito mil veces recordado de Falucho se justifica en el sacrificio olvidado de Antonio Videla, hombre real éste, muy de carne y hueso.

Hubo en la historia del país otros mitos como el de Falucho, transformados por la mentira o la imaginación en hombres de carne y hueso. Pero también la metamorfosis más común y opuesta: hombres reales, que existieron carnalmente, devenidos mito.

Suele decirse que la vida del mito es más larga que la de la persona que le diera origen. Esto es así en muchos casos, los mitos amados y los odiados suelen

perpetuarse durante largos años, a veces siglos. Pero hay mitos que mueren tempranamente, mitos que, una década después de desaparecer la persona física, se evaporan como perfume. Quedará para antropólogos y estudiosos descubrir la mecánica interna de este proceso; nosotros solamente pretendemos referirnos a uno de ellos.

Siempre hubo en estas playas personajes notables cuyas características estuvieron fuera, absolutamente, del común promedio. Ése fue el caso de Cesare Paganni.

Hubo un momento de particular importancia en su historia: la noche del 31 de diciembre de 1909, en la que produjo un hecho de singulares características y consecuencias. Esto fue, como veremos, después de perder durante aproximadamente una hora y media — dos a lo sumo— todo contacto con la materialidad del entorno y haber sido, según él dijo luego, “transportado a otra realidad que habita más allá de nuestros sentidos”.

El diario La Nación, periódico de cuya seriedad no podemos dudar, en su edición del 2 de enero de 1910 comentó en la página seis: “... reunido un numeroso público (...) el orador habló acerca de lo que él llamó ‘los terribles momentos por venir’. Luego de lo cual se vio salir a la gente allí congregada con visibles muestras de fuerte emoción”¹.

Suele pasar a menudo que la cronografía, y por ende la historia, deja escapar una pieza del collar de perlas que tan trabajosamente arman los estudiosos. No hablamos aquí de los olvidos deliberados de los his-

toridores, desmemoria surgida de la necesidad de probar tal o cual arquitectura política, sino de una amnesia casual, de un error del todo involuntario, de un simple e inexplicable olvido.

Tal lo ocurrido con Cesare Paganni.

Conviene para esta crónica tener presentes las debidas circunstancias. El país atravesaba momentos dificultosos; hacía un mes y medio, concretamente el 14 de noviembre, un militante anarquista había atentado con éxito contra la vida del jefe de policía, el coronel Ramón Falcón. El país se hallaba bajo el estado de sitio que sería levantado, como veremos después, el 13 de enero de 1910. Para ese entonces se preparaban las fiestas del primer centenario de la Revolución de Mayo, motivo por el cual llegarían al país figuras mundiales, entre ellas la infanta Isabel de Borbón, mujer de abultadas carnes y campechana simpatía.

En la primera década del siglo el país había duplicado las rentas del Estado, pero también sus gastos. Las finanzas públicas evidenciaban un creciente déficit y un aumento considerable de la deuda pública. Los trabajadores habían conseguido, después de innumerables luchas, bajar a diez horas la jornada laboral que a principios de siglo oscilaba entre las doce y las catorce horas. En los últimos años habían entrado al país casi un millón ochocientos mil personas y se habían ido seiscientos cincuenta mil, de lo que resulta que más de un millón de nuevos trabajadores se habían incorporado a la producción.

Sin embargo existía un clima de malestar creciente en la sociedad, especialmente en las filas de los trabajadores sindicalizados, y se aproximaban nuevas y más grandes confrontaciones sociales.

Pero volvamos a Paganni y a la noche del 31 de diciembre de 1909. Antes de que éste hablase ante “el numeroso público” al que se refiere el diario La Nación, a las nueve de la noche, Cesare se preparaba para salir de su humilde domicilio. Se puso el saco y se ajustó el primer botón de su camisa blanca. Después caminó hacia el espejo y miró largamente su rostro como si no fuese suyo; no movió un solo músculo de manera que el espejo le devolvió una imagen congelada en un rictus impenetrable. Cesare observó en silencio esa virtualidad ajena, la barba castaña, los ojos negros, las cejas boscosas, la cabellera larga y los mostachos que casi tapaban las fosas nasales.

Ese último día de 1909 en Buenos Aires llovió terriblemente hasta las nueve de la noche. Es decir que es del todo posible que en el momento en que la mano derecha de Cesare, huesuda y delicada, con largos y hábiles dedos de mago, tomaba el libro que estaba encima de la mesa como quien toma una joya, en Buenos Aires hubiese dejado de llover. Luego apagó la luz, se colocó la joya de lustrosa cubierta negra debajo de la axila izquierda y la apretó entre el codo y el torso.

Cuando Cesare cerró la puerta de la habitación llevó su vista hacia el cielo encapotado. Ya no llovía, pero se levantó igualmente la solapa del saco para evitar que alguna gota olvidada en una hoja entrase por su cuello. Después, dejando detrás de sí la casa de inquilinato, se echó a caminar.

La identidad de Cesare Paganni ha sido motivo de arduas disputas. La versión más extendida daba cuenta de que había nacido hacía cuarenta y cinco años

en la villa de Trieste, Italia, de padre peninsular y madre alemana. Afirmaba dicha presunción que su familia paterna descendía de la nobleza florentina, entre sus ascendientes había caballeros cruzados, valerosos penitentes que habían viajado ochocientos años atrás para recuperar el Santo Sepulcro. "Trieste es bellísimo", señalaba, pero no en italiano como debía esperarse, sino en un español seco de acento indefinible.

Muy de chico había vivido con su familia en Viena, hasta que a la edad de quince años subió en Amsterdam a un barco de bandera española pero tripulación sajona llamado "Buenaventura". Durante cuatro años sirvió como aprendiz de marinero en los tres océanos y los cien mares del planeta. Después de lo cual estudió en altas escuelas europeas la teología del cristianismo occidental, pero, necesitado de profundizar sus conocimientos, viajó hacia lejanos conventos del Asia donde hubo de rastrear el camino de las tribus perdidas de Israel. También había estado en el Tibet, absorbiendo las milenarias meditaciones budistas y, al fin, había recorrido día a día la vida de Nuestro Señor con los Santos Guardianes de Jerusalén.

Eso explicaba, por supuesto, su carencia de modales latinos y el tono híbrido con el que manejaba, no sin oculto desgano, el idioma de Cervantes y Calderón.

Había llegado al país desde una innominada playa del Mediterráneo exactamente nueve años atrás, el último día del año 1900 lo que, según él, era todo un presagio porque el día siguiente —el primero de enero del 1901— comenzaba una nueva centuria.

—El último siglo de los tiempos del Señor —dijo solemne y sin rastro de duda a las frágiles damiselas porteñas.

Astrónomo erudito y consumado astrólogo, hacía de la precisión matemática cuestión de principios. Explicaba entonces que la inexistencia del año cero era la causa de que las centurias incluyesen los míticos años terminados en doble cero. Lo que no podría haber sido nunca de otra manera, considerando que el enigmático invento árabe que expresa aritméticamente la nada inconcebible —el número cero— no existía en los tiempos en que se fijó el calendario del buen Dios.

No obstante, algunos decían que su verdadera filiación era otra. Corría por las calles suburbanas una leyenda de extramuros, oscura e imposible de probar, pero ciertamente verosímil. Según ésta, el tal Cesare Paganni no era italiano de nacimiento sino rumano, natural de la ciudad de Brasov, hermosa localidad situada a los pies de los Alpes de Transilvania. Su padre no tendría relación alguna con los caballeros cruzados ni con ninguna nobleza florentina, sino que había sido un gitano apuesto y calenturiento que había huido de Hungría con su enamorada, una gitana de cabellos renegridos más peligrosa que la mismísima Carmen.

Según esta aseveración su padre habría falseado su apellido como manera de esconderse de la segura y mortal asechanza de la familia de su esposa. La versión sostenía que él no se llamaba Cesare Paganni sino Jozsef Kossuth. Aunque hay quienes, convencidos de la veracidad de esta identidad, negaron la historia del padre gitano y lo hacían descendiente (nieto o bisnieto) del revolucionario nacionalista Lajos Kossuth, muerto quince años antes de que Jozsef (o Cesare) llegase a estas playas sudamericanas.

Por último, hubo quienes estuvieron persuadidos de que él no era otro que Lenau Strauss, un pastor protestante austríaco que hacia 1890 tuvo que dejar apre-

suradamente su país complicado en un oscuro —y delictuoso— affaire, del cual había sido víctima una niña de la comunidad de Kitzbühel, al occidente del país, cerca de Alemania y de los Alpes bávaros.

En 1910 se discutió mucho este tema, tanto en las pobres barriadas sureñas como en ciertos suntuosos salones de finos cortinados, donde aburridas mujeres maduras y jovencitas de inmaculada piel blanca solían escucharlo, mientras devoraban incansablemente sus ojos negros y la gracia varonil con la que movía sus manos.

Nadie sabía dónde vivía porque el tal Cesare, o Jozsef, o Lenau, ocultaba con tozudo esmero el triste conventillo donde por las noches dejaba descansar su cuerpo. Es que estaba convencido de que el conocimiento de los "Secretos Superiores" y de la "Realidad Suprasensible", según su léxico esotérico, necesitaba de un maestro digno e, incluso, de nobles raíces genealógicas. De tal manera, si bien no alimentaba tampoco negaba el rumor de sus orígenes de nobleza. Lo que sí hacía era ocultar la indignidad de su vivienda, más precisamente el frío, las humedades y el baño compartido del inquilinato en el que habitaba, sito en la calle Salta a pocos metros de la avenida que lleva aún hoy el nombre del creador de la bandera.

Esa noche del 31 de diciembre de 1909, Cesare entró en la Confitería Ideal de la calle Suipacha, a la altura de los números trescientos, dos horas y treinta y cinco minutos después de haber cerrado tras de sí —a las nueve de la noche— la puerta de su conventillo.

El trayecto desde Salta y Belgrano hasta Suipacha casi esquina Corrientes —y esto puede comprobarse fácilmente— no demanda a pie más de veinte, a lo sumo veinticinco minutos. No puede suponerse que la lluvia, que había sido copiosa como ya se dijo, lo hiciera resguardarse en algún lugar porque ésta cesó momentos antes de que saliera de su domicilio. No consta de detención policial alguna, pero sí que más de treinta personas fueron testigos de lo que hizo Cesare Paganni durante parte de las dos horas y media que van desde las nueve hasta las once y media de la noche (lapso al que debemos descontar, claro, los veinte o veinticinco minutos que seguramente le llevó recorrer a pie las once cuadras desde su domicilio hasta la Confitería Ideal).

Cesare Paganni dijo que había entrado en trance a poco de emprender el camino. Según él, divinos designios limpiaron con viento el cielo de nubes (esto último es rigurosamente cierto) lo que le permitió ver y ser atraído —“retenido” dijo— por el firmamento donde sobresalía la intensa luz del Lucero. En esa situación le habría sido dada la cósmica revelación del fin del mundo mientras estaba con la vista fija, retenida, en Venus, planeta que representa a la diosa de la belleza y el amor, la esposa de Vulcano, la amante de Marte, el guerrero. Se dijo que había permanecido de pie con la mirada clavada, extasiada, durante todo ese tiempo, en la esquina de Avenida de Mayo y Carlos Pellegrini, hecho este que fue corroborado por unas treinta personas. Pocos minutos después de las once de la noche, cuando ya el brillante planeta comenzaba a esconderse, Paganni habría recuperado el control de sus actos y, como si nada hubiese sucedido, se dirigió a paso firme a la mencionada confitería, desconocemos si acompañado o no por todos o algunos de dichos testigos.

El diario La Nación dará cuenta de lo sucedido en su edición del 2 de enero de 1910. Dirá que Cesare Paganni hizo en ese lugar una descripción, acaso debiésemos decir un detallado inventario de las maldades humanas. “Durante largos minutos el predicador puntualizó uno a uno la larga lista de pecados cometidos a diario por los hombres”, dirá sin exageración el periódico.

Cuando Paganni creyó que la enumeración ya era bastante, es decir cuando el ánimo del público concurrente ya estaba por el piso y la angustia se asomaba en los ojos de las señoras presentes —su público se componía cuatro de cinco partes del sexo de la insaciable Lilit— y pese a que aún le quedaba una larga lista de nefastos pecados y malas obras hechas por el hombre, dijo aquello que conmocionó al auditorio y que, por extensión, ensombreció a buena parte de la ciudad que en los siguientes años sería conocida como la Reina del Plata.

Parodiando mal al poeta inglés dijo: “Hay más en el cielo de lo que ustedes pueden observar, y aún más de lo que ustedes pueden suponer”.

Entonces hizo pública su reciente revelación.

—Del cielo vendrá la Justicia, de las alturas bajará el Castigo necesario.

Subió los brazos hacia el cielo raso y mirando con furia a la concurrencia aclaró por si hiciese falta.

—¡El fin de los tiempos se acerca! ¡El fin de los tiempos es ya inevitable!

Tomó el libro de negra y brillante tapa.

—Está escrito. ¡Aquí!, ¡aquí mismo está escrito!

El diario La Nación terminó el comentario diciendo que el esotérico pastor había dicho que un bólido — tal el término que usó la publicación de la familia Mitre— se acercaba a la Tierra y que de la colisión inevitable con el planeta sobrevendría una hecatombe que terminaría con toda vida.

Sin embargo, la versión periodística no se ajusta totalmente a la verdad. Cesare Paganni anunció, efectivamente, que la Tierra iba, inevitablemente, al encuentro de una masa incandescente que no era otra cosa que el próximo y conocido encuentro con el cometa Halley, pero, a diferencia de otros miles de agoreros que en todo el mundo pronosticaban la destrucción total de la humanidad, él se conformaba con anunciar la desaparición de sólo la mitad².

—Morirá una de cada dos almas.

Y no carente de originalidad agregó:

—Morirán los piadosos, los temerosos de Dios, los seguidores del Libro Sagrado. Morirán las almas débiles, los confundidos, los que queriendo acercarse a Dios no han encontrado suficientes fuerzas. Morirán las Magdalenas, los guerreros y los traficantes... y se salvarán los que comercian a la sombra de los templos, los que blasfeman, los que desprecian al Señor, los que han hecho pacto con el diablo.

En los últimos años centenares, acaso miles de individuos en todo el mundo venían pronosticando que el cometa Halley provocaría el anunciado final bíblico. Tantos eran que podemos suponer que en el inconsciente del público de Paganni, presumiblemente tan esotérico como él, existía un fondo de desasosiego, una angustia solapada, un rumor apocalíptico.

Hacia 1909 terminaba la belle époque; los tiempos de la abundancia —esos en que los argentinos ricos se divertían en París arrojando, literalmente, manteca al techo— estaban pasando definitivamente. Finalizaba por esos años un ciclo de paz armada y en el aire ya podían percibirse los aromas metálicos de una guerra próxima y devastadora como no se había tenido noticia. La gente, y seguramente también esas mujeres que escuchaban a Paganni, debía tener la sospecha de que los nuevos no serían los mejores tiempos, pero ¿estaba dispuesta a aceptar que fueran tan malos?

Cesare Paganni, teólogo, astrólogo, astrónomo y espiritista, versado en las Santas Escrituras y en los vaticinios de las Centurias astrológicas de Nostradamus, predijo, anunció, auguró y prometió él también el fin del mundo. Y lo hizo con la alegría, el contento y la satisfacción de quien ve en eso redención y salvación.

Lo que lo hizo particular y distinto a los otros miles que profetizaron en el año 1909 igual desastre es que para él sería en dos etapas. Primero los malos, después los peores.

—Malditos los que se salven porque sólo prolongarán su agonía.

Sorpresa. Ojos abiertos, miradas que no entienden.

—Siete.

Blandió la Biblia como un arma.

—Siete es el número dictado por el Señor, del siete habla la cabbalah del pueblo de Dios.

Silencio.

—¡Siete años vivirán los que subsistan!

Sus labios construyeron una sonrisa.

—Pero en el octavo sobrevendrá una plaga inaudita, una plaga que cegará los sentidos, que oscurecerá el pensamiento, que ahogará las almas. ¡Será el fin! —gritó—. Un fin infestado de pestilencia, de líquidos biliares degenerados, de manos crispadas y de costras en la piel que provocarán el peor de los dolores. ¡Entonces, los que no mueran querrán haber muerto!

Estupor.

Alguien, extrañamente, dijo “amén”.

Después explicó que un desprendimiento del cometa divino provocaría, al estrellarse en el polo (no aclaró cuál de ellos), las consiguientes convulsiones atmosféricas que hundirían al planeta en la noche y enviciarían el aire.

—¡Oremos porque Dios nos arranque la vida ahora!

Ésa fue la última reunión que pudo realizar Cesare Paganni: su público no gustaba de promesas tan tortuosas y oscuras. Además, para algunas jóvenes, su belleza física no justificaba semejante mal trago.

Entre esas jóvenes damas que conformaban su auditorio se encontraba la señorita Adela Luccini, quien en los siguientes meses contraería enlace con un abogado de treinta y cinco años que dedicaba sus horas de ocio al estudio de la filosofía, llamado Adalberto Layo. Esos esfuerzos prenderían en el tercer hijo de ese matrimonio, venido como tantos vástagos menores por la confusión que provocan los últimos ciclos fértiles de las mujeres. Bernardo, tal su nombre, tendría una breve y trágica notoriedad muchos años después, durante los

sucesos de los años setenta, pero eso es otra historia. Adela conservaría muy a su pesar una terrible sensación de desasosiego, una ácida impresión causada por las terribles premoniciones de Paganni.

Si bien como sabemos por propia experiencia, el cometa Halley pasó por el firmamento sin mayores consecuencias que un increíble artificio de luminarias, las predicciones acerca del fin del mundo contribuyeron a la común angustia de la época. Posiblemente esta sensación se confundiese con la congoja, con la zozobra, que provocaban anuncios nada halagüeños que hablaban de la inevitabilidad de una futura guerra. Sea como fuere, más de un alma argentina quedó presa de una nunca confesada inquietud.